

Un mercado del libro en expansión

por Fernando Aínsa

Un acuerdo de libre circulación del libro en los países de América Latina, que sería la base de un mercado común del libro, fue elaborado por el CERLAL, centro regional para el fomento del libro en la región, con sede en Bogotá, fundado por la UNESCO en 1972. Este acuerdo, aún no ratificado por los gobiernos, permitiría utilizar mejor la capacidad editora del área, recogiendo las recomendaciones ya formuladas en el seno de la ALALC y eliminando las trabas que obstaculizan hoy el intercambio de libros. En espera de la ratificación del acuerdo regional, se siguen buscando por el momento diferentes fórmulas de acuerdos bilaterales o multilaterales.

En el reciente Congreso Mundial del Libro, celebrado en Londres, se reiteraron muchas de esas preocupaciones. Figuran, en particular, en una Declaración que postula "una sociedad universal de lectura". En esta sociedad futura, América Latina, con su potencial cultural y lingüístico, tendría un lugar importante. La década del libro que se cierra permite suponerlo sin excesivo optimismo, como lo señala Fernando Aínsa en la nota que proponemos a continuación, basada en datos y estadísticas compilados por el CERLAL.



Contra todas las previsiones, el libro parece seguir gozando de buena salud en el mundo: 642.000 títulos y unos nueve mil millones de ejem-

plares impresos en 1978 (último año del que se tienen estadísticas precisas) lo corroboran. Los más optimistas no hubieran dicho tanto en 1972 cuando, con ocasión del Año Internacional del Libro, se hacían proyectos para la década. Un crecimiento en seis años de 23% en el número de títulos y un 20% en la cantidad de ejemplares, representa un aumento que no corresponde a las cifras que la recesión, la inflación y la crisis de los términos del intercambio comercial hacían prever para el libro. En momentos de recesión parece más fácil imaginar al ser humano prescindiendo de la lectura que de otros productos básicos. Nada más vulnerable, en principio, que un objeto cultural.

Por otra parte, la aparición de las técnicas de comunicación audiovisual que han invadido el mercado en esta década parecían condenar al libro, si no a su desaparición, por lo menos a niveles de producción reducidos. Error de apreciación, especialmente cuando se observa que uno de los aumentos más espectaculares en la producción de libros se da en Japón (crecimiento de 50%), como si la era de los transistores y del video fuera complementaria de la imprenta de Gutenberg.

Otras cifras parecen desmentir otras previsiones. Son los países en vías de desarrollo los que han tenido un aumento mayor en su producción de libros. Los 115 mil títulos anuales, correspondientes a unos 800 millones de ejemplares, significan respectivamente aumentos de 63% y 90%, para América Latina, Asia, Africa, y los Estados Arabes.

Cuando las cifras globales se fraccionan, aparecen las desigualdades. En los países árabes la producción de libros ha bajado, y es de 0,9% de la cifra mundial. Los títulos editados en Africa representan también ahora 0,9% de la producción mundial, contra un 1,3% hace diez años. Y algunos países de Asia, como la India, no aumentan su producción como el mercado potencial lo dejaría prever.

Además, la diversificación lingüística del llamado tercer mundo se empobrece. Cinco lenguas vehicularon en 1978 el 64,6% de la producción de libros. Por su orden, el inglés (25%), el ruso (15%), el alemán (11,5%), el francés (7%), y el español (6%). La tendencia cada vez más acentuada a la concentración en estas lenguas en desmedro de lenguas minoritarias, inquieta en regiones como Africa, donde los libros en idiomas vernáculos escasean.

América Latina duplica su producción en ocho años

En América Latina la situación ha mejorado mucho. Los pogramos más importantes los ha hecho esta región del mundo, donde la producción se ha duplicado en ocho años: en 1978 se publicaron 35.000 títulos. Argentina, Brasil y México suman en conjunto 70% de la producción total de América Latina. El resto se reparte desigualmente entre países con producciones en ascenso como Colombia (aumento de 20%) y Bolivia, o estancada o en descenso.

Entre los países de la región con industrias desarrolladas del libro, sólo Brasil ha tenido un aumento realmente espectacular, que lo coloca entre los principales productores mundiales de libros. Su consumo de papel para ediciones representaba, en 1978, 44% del consumo total de la región, y es comparable al de los países europeos. Además, las tiradas son muy altas: un promedio de 11.000 ejemplares por título.

Argentina, por el contrario, enfrenta una crisis de coyuntura al no haber modernizado su equipamiento industrial y al tener, en consecuencia, altos costos de producción. Pese al desarrollo de su industria editorial, México no consigue seguir el veloz ritmo de crecimiento de la población y de la matrícula escolar.

Esto último puede decirse de la mayoría de los países del continente. Por tal razón, no es extraño comprobar que, pese a haber duplicado su producción de libros, América Latina sigue siendo una región deficitaria. Unos 20.000 títulos son importados anualmente, provenientes en su casi totalidad de España. El mercado potencial sigue siendo enorme. Un área privilegiada por la comunidad de lengua y cultura con 230 millones de habitantes (sin contar, por supuesto, Brasil ni los países de habla inglesa del Caribe) no es despreciable y ha llevado a más de un observador a pronosticar que en el futuro América Latina debería ser el segundo mercado productor y consumidor de libros del mundo.

Trabas aduaneras, recargos, devaluaciones y tarifas discriminatorias

Sin embargo, el continente está aún lejos de ese ideal. Serios problemas de estructura aquejan la industria editorial, que está en muchos casos en manos de empresas muy pequeñas, raramente coordinadas con otras editoriales del país y menos de la región. Esta dispersión y atomización de esfuerzos en un mundo donde las coediciones, la integración de empresas y la concentración de la producción son las inexorables leyes del éxito comercial, condenan a la industria latinoamericana a un nivel difícilmente competitivo internacionalmente.

Pero el mal de la región no es tanto su producción. Los verdaderos problemas empiezan cuando se trata de distribuir los libros producidos y cuando se enfrentan las trabas aduaneras y tarifarias vigentes en la mayoría de los países. La censura de otros y la persistente ineficacia de muchos servicios de correos agravan los problemas de distribución, en sí difíciles.

Los cupos de importación y el control de las divisas disponibles para libros constituyen parte de los problemas con que lidian libreros y editores. Las espectaculares devaluaciones monetarias llevan a la ruina a empresarios para los cuales no existe el seguro de cambio y que deben pagar en dólares. Las tarifas aéreas discriminatorias, mucho más baratas (hasta un 50% menos) en la dirección Europa-América Latina, que recíprocamente, impiden casi siempre concebir industrias de libros para la

exportación. La escasa comunicación entre los países de la región retarda toda integración, a veces entre países vecinos.

La lista de los problemas del libro en América Latina puede alargarse con otras consideraciones, muchas de las cuales rozan una casi tradicional insensibilidad de los poderes públicos para lo que el libro supone como factor de desarrollo y de difusión cultural. El diagnóstico de esos problemas es bien conocido en la actualidad. Para resolver muchos de ellos, sólo se necesita una decisión administrativa a nivel nacional o regional. Decisión que, además, no acarrearía consecuencias financieras importantes.

(Perspectivas de la UNESCO)